

JULIO-CESAR SANTOYO

CATEDRATICO DE LENGUA INGLESA
(FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS)

La cultura traducida

LECCION INAUGURAL
DEL CURSO ACADEMICO
1983-84



UNIVERSIDAD DE LEON
1983

UNIVERSIDAD DE LEON



7907202527

c 17849251
b 11302884

BIBLIOTECA ULE
VACIADO DIALNET
NO EXPURGABLE



R. 2786

V-1143

JULIO-CESAR SANTOYO

CATEDRATICO DE LENGUA INGLESA
(FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS)

La cultura traducida

LECCION INAUGURAL
DEL CURSO ACADEMICO
1983-84



UNIVERSIDAD DE LEON
1983

*Magnífico y Excelentísimo Sr. Rector,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Compañeros del Claustro de la Universidad de León,
Señoras y Señores:*

Hay un pueblo en la Tierra, uno de los pueblos con más dilatada historia cultural, que se proveyó de explicaciones teológicas para casi todos los fenómenos que escapaban a su comprensión; un pueblo que desde hace milenios cree con fe ciega en la letra de lo que sus crónicas relatan, porque les atribuye inspiración divina, y que, frente a una realidad tan expresa como la de la multiplicidad y diversidad de las lenguas, ideó esta parábola justificativa:

«Después del Diluvio las gentes se extendieron por la Tierra. Todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras. Al desplazarse la humanidad desde Oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron. Entonces se dijeron unos a otros: “¡Ea!, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego”. El ladrillo les sirvió así de piedra y el betún de argamasa. Después dijeron: “Vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos dispersamos por toda la Tierra”. Acudió Yahveh a ver la ciudad y la torre que los hombres habían edificado, y dijo: “He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo idioma y éste es el

comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Bajemos, pues, y una vez allí confundamos su lengua, de modo que no entienda cada cual la de su prójimo". *Y desde aquel punto los esparció Yahveh por la faz del mundo y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se la llamó Babel: porque allí confundió Yahveh el lenguaje de las gentes y desde allí los dispersó por toda la Tierra»* (1).

Sea o no verídico este relato, que no es éste el momento de discutirlo, lo cierto es que el mundo conoce hoy más de tres mil lenguas. Un país como Nigeria, por ejemplo, cuenta con más de doscientas, y Kenia con setenta y cinco. La constitución de la India reconoce trece lenguas oficiales, además del inglés, pero son cincuenta y ocho las que se utilizan como idiomas escolares. A su vez, en este Estado asiático hay ocho sistemas principales de escritura y varios secundarios (2). En Europa, el continente con menor diversidad lingüística, hallaremos al menos treinta lenguajes, excluido todo género de dialecto. A este cómputo podríamos añadir un número muy elevado de idiomas ya desaparecidos, como el *dálmata* de la costa yugoslava, extinguido en 1898, cuando una mina destrozó a su último hablante, Antonio Udina; o el *sumerio* y el *etrusco*; o todas las hablas hispánicas de la prehistoria, que debieron alcanzar una variedad crecida; o el *córnico*, lengua celta de Cornualles, definitivamente eclipsada a finales del siglo XVIII; o el *yámana* o *yagana* del sur de Chile, cuyo último hablante ha muerto en abril de este mismo año de 1983 (3).

Bien es verdad que una cosa es el número de idiomas y otra muy distinta el de hablantes y su

(1) *Génesis*, 10:32-11:9.

(2) *El Correo de la UNESCO*, julio de 1983, pp. 19-20.

(3) *Ibid.*, p. 12.

distribución geográfica. A efectos prácticos, tres únicas lenguas ocupan el continente americano de Norte a Sur, y uno tan sólo el australiano-neozelandés. Se calcula que el sesenta y cinco por ciento de la población mundial se comunica en diez idiomas: portugués, español, hindi, alemán, inglés, ruso, chino, árabe, francés y japonés. Aún así, demasiados idiomas. Acaso por ello el hombre ha querido contrarrestar modernamente la maldición divina de Babel. Todos sus esfuerzos, no obstante, han sido vanos: ni el sistema que a mediados del siglo XVII inventara el escocés George Dalgarno, ni el novial, volapük, ido, occidental o interlingua, ni ninguno de los cuatrocientos idiomas artificiales hasta ahora inventados ha dado el menor resultado. Incluso el más conocido de todos ellos, el esperanto, que dentro de cuatro años cumplirá su primer centenario, sólo puede ofrecer un número tan reducido de hablantes que su cifra se ve con creces superada por la de los habitantes de la isla africana de Zanzíbar. No hay una lengua mundial, ni la habrá durante generaciones. No al menos mientras perviva en la humanidad el más mínimo sentido nacionalista.

Ante una situación lingüística como ésta, aún mucho más compleja hace tres o cuatro mil años, el hombre halló una solución casi mágica, un pasadizo secreto para huir del anatema de Yahveh, un puente que uniera las distantes orillas de los idiomas mutuamente incomprensibles. Ese pasaje y ese puente no es otro que el de la traducción, oral o escrita. Ella es la única lengua mundial que ha habido y la única que hay.

Sin embargo, como si la propia maldición divina que cayó sobre Babel persiguiera a quien intenta unir lo que Dios había separado, la historia de la humanidad recuerda muy pocos oficios tan denigrados como el de traductor. Poco importa que a él se hayan dedicado personajes de la talla de Cicerón, Baudelaire, el canci-

ller Ayala y hasta Carlos V. Nada significan esos nombres, porque la traducción, la practique quien la practique, lleva sobre sí el estigma del descrédito. Siempre lo ha llevado. Sencillo en extremo le resulta al lector interesado espigar una buena colección de citas lacónicas y punzantes que apoyan este aserto. En 1648 el inglés John Denham escribía: «*Tal es nuestra soberbia, o demencia, o destino, que, excepto los pocos que no saben escribir, todos traducen*» (4). Hace tan sólo dos años, en 1981, su compatriota Peter Newmark volvía a repetir: «*Quien puede, escribe; quien no, traduce*» (5). Este talante cáustico y mordaz ha sido universal, y en España contamos con buenos ejemplos. El padre Isla, por boca de su Gerundio, dejó dicha una frase que luego se ha aplicado a cualquier idioma y circunstancia: «*En los tiempos que corren, desdichada es la madre que no tiene un hijo traductor*» (6). Boscán por su parte había comentado en 1534 «*una opinión que siempre tuve de parecerme vanidad baja y de pocas letras andar romanzando libros, que aun para hacerse bien, vale poco, cuánto más haciéndose tan mal que ya no hay cosa más lejos de lo que se traduce que lo que es traducido*» (7). Pero de entre esta continua andanada de baterías bien cargadas, ningún disparo ha sido tan demoledor y acerbo como la frase de Diderot: «*No es*

(4) «To sir Richard Fanshaw upon his translation of Pastor Fido». Vide: T. R. Steiner, *English Translation Theory, 1650-1800* (Assen/Amsterdam, Van Gorcum, 1975), p. 63.

(5) *Approaches to Translation* (Oxford: Pergamon Press, 1981), página IX.

(6) *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes* (1758), libro IV, capítulo VIII.

(7) Dedicatoria «a la muy magnífica Señora Doña Gerónima Palova de Almogávar», previa a la edición de 1534 de *Los quatro libros del cortesano, compuesto en italiano por el conde Balthasar Castellón y agora nuevamente traduzidos en lengua castellana por Boscan*.

preciso entender un idioma para traducirlo, puesto que sólo se traduce para quienes no lo entienden» (8).

Uno no puede menos de preguntarse si hoy tendríamos pan, caso de que los panaderos hubieran sido tan sistemáticamente denigrados como los traductores; o si tendríamos zapatos, o vino, o cualquier otro producto salido de la mano del hombre. Y uno no puede menos de pensar que en una actitud así caben dos únicas alternativas: o se menosprecia lo que no se necesita o se menosprecia lo que no se entiende. La primera es absurda, porque nuestra dependencia de la traducción es casi total. La segunda resulta justificable. Es palmario que ni se la ha entendido ni se la ha conocido. Hace unos meses tuve ocasión de recordar a otra audiencia universitaria que la traducción no pertenece al mundo de la literatura, ni al del comercio, ni al de la industria, ni al de la ciencia; aunque los cuatro se sirven de ella. Se sitúa más bien entre esa serie secundaria de profesiones, como los linotipistas, carteros, viajeros o ayudantes hospitalarios, que colaboran remota e indirectamente en el éxito de otras profesiones más brillantes, y que han de permanecer siempre, por necesidad y obligada discreción, en la sombra del anonimato. Pretender lo contrario, intentar compartir desde tan bajos menesteres el laurel y la fama, sería tener acceso al más inmediato ridículo. Pero si por un don imposible yo tuviera ahora en mis manos la capacidad de eliminar del mundo la traducción, de suprimirla de raíz desde sus inicios hasta el mismo día de hoy, el espectáculo social, cultural y político que íbamos a contemplar sería tan radicalmente distinto del actual que muy posible es que ni siquiera lo reconociésemos. En un abrir y cerrar de ojos habrían quedado borrados el Mercado Común y la ONU, la mitad de los libros de texto de la universidad española y nuestro conocimiento entero de la cultura

(8) *Les bijoux indiscrets* (1748), capítulo XLII.

egipcia; los rusos utilizarían un distinto sistema de escritura; tendríamos que consultar la Biblia en hebreo o en griego, a Kafka en alemán, a Villon en francés medieval y a Kierkegaard en danés; Cervantes habría de ser en todas partes leído en español y Pirandello representado en nuestros escenarios en italiano; tendríamos que eliminar de cada una de las culturas nacionales occidentales la influencia de *Las Mil y Una Noches*, del *Decamerón* y *La Divina Comedia*, de Edipo y Electra, del Rey Arturo, Utopía y Gulliver, de la *Ilíada* y la *Eneida*. Dostoyevski, excepto para los escasísimos iniciados en el idioma ruso, sería tan sólo un nombre, como en igual medida lo serían Mahoma, Kempis, Petrarca o Molière. La ciencia habría avanzado a muy lentos pasos dentro de cada comunidad lingüística, separados los conocimientos por la infranqueable barrera del idioma foráneo. Otro tanto habría ocurrido a la filosofía o la ciencia política. Y nada digamos del comercio o de las relaciones internacionales. El panorama vital que se ofrecería a nuestra contemplación sería, desde un punto de vista contemporáneo, casi aberrante. Porque de modo consciente o inconsciente nosotros y las generaciones que nos han precedido hemos vivido todos inmersos en una atmósfera cultural tributaria de la traducción. Como de similar manera vivirán las generaciones que nos sigan.

Los primeros testimonios traductores que conservamos se remontan al tercer milenio antes de Cristo, y son poco posteriores a la misma invención de la escritura. (Esto por lo que respecta a la palabra escrita, porque la traducción oral o interpretación ha de ser tan antigua como el mismo lenguaje.) Ya Sargón de Asiria hace cuarenta y tres siglos hizo traducir sus hazañas a los distintos idiomas de su imperio. Y los escribas de Hammurabi, a comienzos del segundo milenio, traducían los edictos reales y preparaban léxicos bilingües y

vocabularios para facilitar sus frecuentes versiones. Del siglo VIII se conservan inscripciones bilingües fenicio-hititas. Herodoto utilizó en su visita a Egipto la ayuda de los intérpretes, y Jenofonte alude constantemente a su mediación en la *Anábasis*. Al principio del siglo III antes de nuestra Era se tradujo la Biblia al griego en Alejandría para uso de la comunidad judía en Egipto, que había comenzado, como relata Josefo, a olvidar su idioma y a desconocer los textos sagrados. Terencio, Cicerón y otros muchos autores romanos vertieron a la lengua del Lacio desde el mismo siglo III buena parte de la literatura y del saber heleno. En el 146 el senado romano mandó traducir el primer tratado de agricultura que conoció Europa: los veintiocho volúmenes del cartaginés Magón, de los que sólo se conservan ahora poco más de cuarenta citas. En el 197, noveno del reinado de Ptolomeo V Epífanos, los sacerdotes de Menfis ordenaron inscribir la piedra hoy conocida como de Rosetta: contenía un mismo texto en lengua egipcia y griega; la piedra fue hallada en 1799 y el desciframiento de su contenido jeroglífico, realizado por Champollion a partir de la traducción griega, descubrió el arcano de las inscripciones faraónicas y tres mil años de una historia hasta entonces sólo conocida por las mezquinas informaciones de segunda mano que los autores clásicos nos habían transmitido sobre las tierras del delta. Son unos cuantos ejemplos banales previos al año primero de nuestro calendario.

Desde una perspectiva mundial, la cristianización de los pueblos ha sido una ingente labor de traducción e interpretación. La Biblia, Nuevo y Antiguo Testamento, se ha transvasado a más de ochocientas lenguas distintas y viene siendo traducida desde hace veintitrés siglos. Ningún libro ha sido tantas veces convertido a otros idiomas. Ningún libro ha tenido sobre la vida del hombre mayor influencia. Pero no se trata en particular

del texto sagrado. El hecho mismo de la evangelización estuvo durante siglos basado en la mediación de los intérpretes. Beda el Venerable narra así la llegada a Inglaterra de San Agustín en el año 597, en la primera misión cristianizadora de los anglosajones: «*Fue aquí (en la isla inglesa de Thanet) donde el siervo de Dios Agustín desembarcó con sus compañeros, que, según se dice, eran cuarenta. Siguiendo el consejo del bienaventurado papa Gregorio, traían también consigo intérpretes elegidos entre los Francos, y a éstos enviaron al rey Etelberto para que le dijeran que acababan de llegar de Roma con las más gratas nuevas, que infaliblemente asegurarían a todos los que las recibieran el gozo eterno en el cielo...*» (9). ¿Cuántas veces no se ha repetido en la historia de los dos mil últimos años una escena y una situación semejante a la que Beda relata? Simbólicos en extremo a este respecto son dos versículos del Evangelio de San Juan: «*Pilatos —dice el autor— redactó además una inscripción y la puso sobre la cruz. Decía así: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos"... Estaba escrita en hebreo, latín y griego*» (10). En lo alto del Gólgota y en el momento más transcendental para la historia de los cristianos, lo que campeaba sobre la cruz era una traducción.

Si ésta ha sido la piedra clave de la evangelización, lo ha sido, asimismo, de la conservación y difusión de la cultura escrita. En la traducción han nacido las primeras literaturas, los primeros documentos lingüísticos nacionales de Occidente e incluso varios alfabetos. Al menos dos de éstos le deben su origen inmediato. En torno al año 380 de nuestra Era el obispo arriano Ulfilas trasladó al gótico grandes partes del Antiguo y Nuevo Testamento. Como esta lengua aún no había iniciado

(9) *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* (731), libro I, capítulo XXV.

(10) *Evangelio según San Juan*, 19: 19-20.

su andadura escrita, tuvo para ello que inventar un alfabeto a partir de caracteres griegos y latinos. En la actualidad, desaparecido el gótico, poco o nada sabríamos de él sin esta versión de Ulfilas, texto inexcusable para la comprensión del desarrollo de las lenguas germánicas. Casi quinientos años después vuelven a darse análogas circunstancias. A mediados del siglo IX dos hermanos, Cirilo y Metodio, naturales ambos de Tesalónica, al norte de Grecia, se dispusieron a traducir la Biblia al antiguo eslavo. Por la misma razón que Ulfilas, es decir, la carencia de un sistema de escritura, estos dos traductores hubieron de crear un alfabeto, basado esta vez en signos griegos y hebreos: es el alfabeto cirílico que todavía hoy usan los pueblos de Europa oriental (rusos, búlgaros, serbios, etc.).

En cuanto a las lenguas y literaturas de Occidente, casi todas han comenzado su etapa escrita en la cuna de la traducción. La mayor parte de los primeros monumentos lingüísticos y literarios de los albores de las crónicas nacionales europeas no son, lisa y llanamente, sino traducciones. Acabo de citar los casos del gótico y del antiguo eslavo. Es también el del lituano y el del letón, cuyos primeros documentos escritos, ambos del siglo XVI, corresponden a sendas traducciones de otros tantos catecismos. Y el del armenio. E igualmente es el caso del polaco: la frase más antigua en este idioma es una glosa que traduce la cita de un documento fechado en 1270. Pero no se trata en exclusiva de idiomas desaparecidos o minoritarios. Las hispánicas *Glosas Emilianenses* y *Glosas Silenses*, nuestros dos primeros hitos lingüísticos y acaso los más preciados, no son sino traducciones marginales en un texto latino. Las más antiguas frases de la lengua francesa medieval fueron escritas por Nithard en el siglo IX y constituyen la traducción del latín al romance de los famosos Juramentos de Estraburgo.

Al otro lado del canal de la Mancha el primer poeta de nombre explícito es Caedmon. Con todo, sus versos no los conocemos, como era de esperar, en el idioma y en la forma en que fueron escritos, sino en la traducción latina que de ellos hizo Beda el Venerable en su *Historia Ecclesiastica*. Un muy alto porcentaje del total de la prosa anglosajona anterior a la conquista normanda de 1066 está formado por traducciones del *Apolonio de Tiro*, de *La Consolación de la Filosofía*, del *Evangelio de Nicodemo*...

Si desde la anglosajona retrocedemos mil años hasta la literatura latina, toparemos con una situación muy semejante, hasta el punto de que la Enciclopedia Británica inicia su estudio de las letras romanas con este comentario: «*La literatura latina empezó como traducción de la griega, circunstancia ésta que condicionó en gran medida su desarrollo*» (11). El primer escritor latino al que se puede denominar «literario», Livio Andrónico, esclavo griego de Tarento, es, asimismo, el primer traductor europeo de nombre conocido: en torno al año 240 antes de Cristo transvasó la *Odisea* homérica a versos latinos. Nevio, coetáneo suyo, tradujo y adaptó buen número de comedias griegas. Y otro tanto hizo Ennio, en especial con obras de Eurípides. Esta triada de traductores puso los cimientos de la literatura latina posterior.

De igual manera, sólo la traducción hizo reverdecer la estepa cultural que sucedió a la caída del Imperio Romano. No eran tiempos para el saber y las ciencias, menos aún para la literatura. Las sucesivas oleadas de invasiones bárbaras, árabes y normandas que siglo tras siglo asolaron Europa, las luchas intestinas entre reinos y taifas fragmentados, las cruzadas y pestes, todo contribuyó a que la dificultad del diario vivir en el

(11) Decimoquinta edición (1974), vol. X, p. 1094.

período comprendido entre los siglos V y XIII fuera la más perfecta realización del viejo adagio «*primum vivere, deinde philosophare*». Ninguna nación ni pueblo escapó al cataclismo; y de tal condición fue éste que en los años finales del siglo IX el rey Alfredo el Grande podía escribir con harto conocimiento de causa:

«*Tan completa es la decadencia del saber entre los ingleses que muy pocos son los que a este lado del río Humber pueden entender en su idioma los oficios divinos o traducir una carta del latín al inglés; e imagino que tampoco hay muchos al otro lado del Humber. Son tan escasos que ni siquiera puedo recordar que hubiera uno solo al sur del Támesis cuando yo accedí al trono... Antes de que todo quedara arrasado y calcinado (alude a las recientes invasiones vikingas), yo había visto a lo largo y ancho de Inglaterra las iglesias llenas de libros y tesoros, pero la gran mayoría de los siervos de Dios obtenía muy pocos beneficios de aquellos volúmenes al no poder entender un ápice de ellos, pues no estaban escritos en su propia lengua...*» (12).

Hasta el siglo XIII bien podrían aplicarse estos comentarios a cualquier nación europea. Baste traer a la memoria que, según cálculos estimativos, en el siglo IX apenas sobrevivían en toda Europa al norte de los Pirineos cinco mil libros de cualquier especie y condición, y que un monasterio podía considerarse afortunado si contaba con dieciséis o veinte volúmenes.

En este estado de cosas, la única vía de perduración y desarrollo que quedó abierta fue la de la traducción. Así lo entendió el mismo rey Alfredo, quien decidió que, pues apenas nadie sabía ya el latín, la tarea que urgía emprender era la de pasar «*a la lengua que todos*

(12) Del prefacio a su traducción de la *Cura Pastoralis* de San Gregorio.

entienden algunos de los libros cuyo conocimiento general resulta más necesario» (13). Aprendió latín y él en persona puso manos a la obra. En pocos años los ingleses dispusieron en su idioma de escritos de San Gregorio, San Agustín, Boecio, Osorio, los salmos y la *Historia Eclesiástica* de Beda, que era al tiempo la de la nación inglesa. No fue sólo labor individual del monarca, sino de un reducido equipo de entendidos o de lo que en otros lugares se ha denominado «escuela de traductores». Fue, eso sí, la primera de Europa.

Había sido precedida, no obstante, por un gran esfuerzo traductor en la Persia sasánida primero y en la Persia islamizada después, un esfuerzo que resultó fundamental para el futuro renacimiento de Occidente. El movimiento traductor comenzó aquí con el exilio desde Bizancio en el 480 de un buen número de sabios nestorianos. Más tarde, en el 529, volvió a producirse otra emigración cuando Justiniano clausuró la academia neoplatónica de Atenas. A pesar de la presencia de estos sabios, el Oriente Próximo se estaba deshelenizando. «*Il faut traduire* —escribe Paul Werrie— *les oeuvres grecques, on ne les comprend plus dans leur langue. On les traduit en syriaque. Le syriaque, branche de l'araméen, dès le VIe siècle devient langue de culture. Et ces traductions syriaques jouent un rôle décisif pour les versions qui vont se faire du syriaque en arabe, car elles créent la terminologie philosophique et scientifique dont les Arabes vont se servir... Telle est la grande source des Arabes, qui héritent de ces traducteurs syriaques*» (14). Y junto a la fuente griega, el también poderoso caudal indio, cuyas aguas afluyen coetáneamente desde Oriente. La Persia sasánida fue el crisol donde se mezclaron y tradujeron las dos únicas culturas

(13) Ibidem.

(14) «L'Ecole de traducteurs de Tolède», *Babel: International Journal of Translation*, XV/4 (1969), p. 204.

que entonces merecían tal nombre: la helénica y la sánscrita.

Con la ocupación de estos territorios los árabes entraron en contacto con un saber para ellos excelso; y en poco más de un siglo un pueblo iletrado e inculto, que hasta entonces nada había aportado a la ciencia o a la literatura, va a convertirse por obra y gracia de la traducción en el más destacado representante de la cultura medieval. Al-Mamún, séptimo califa abásida, fundó en Bagdad, a principios del siglo IX, sesenta o setenta años antes que el rey Alfredo en Inglaterra, una escuela de traductores a la que dio el nombre de *Casa de la Sabiduría*. E incluso envió a Constantinopla dos embajadas con el objeto de comprar libros griegos y traducirlos. Allí se pasaron al árabe manuscritos helenos e indios de contenido matemático, filosófico, astronómico, médico y literario. Uno de los hombres ligados a la Casa de la Sabiduría fue Al-Jwarizmi, de tal influencia en toda la ciencia posterior que todavía perdura su nombre en las palabras *guarismo* y *algoritmo*. Del título de uno de sus libros deriva también el término *álgebra*.

Los conocimientos difundidos en el mundo islámico por la escuela de traductores de Bagdad fueron a su vez europeizados por otra amplia serie de «escuelas» repartidas por las tierras mediterráneas. Fue primero, en los siglos IX y X, la pequeña escuela de traductores de Ripoll, en Cataluña. Y luego las de Montecassino y Salerno en el siglo XI, bajo la dirección de Constantino el Africano. Y la famosa escuela de traductores de Sicilia, con dos períodos de actividad, a principios respectivamente de los siglos XII y XIII. Pero la más conocida de todas, y sin duda la más influyente, fue la de Toledo, a la que Menéndez y Pelayo tuvo por gran mercado del comercio científico internacional y cuyo esplendor traductor se desplegó a lo largo de ciento

cincuenta años, asimismo en dos distintas épocas y vertientes. En la primera, desde 1130 hasta el reinado de Alfonso X, se tradujo del árabe al latín. En la segunda, que corresponde al reinado de este monarca, la lengua término fue ya el castellano. A aquella ciudad trilingüe, en cuyas calles se escuchaban de ordinario el hebreo, el árabe y el castellano medieval, acudieron estudiosos de Flandes, Alemania, Escocia, Dalmacia, Inglaterra, Francia e Italia, que, junto con los árabes, españoles y judíos, realizaron una ingente labor de traducción. Se latinizó a Euclides, Al-Jwarizmi, Avicenna, Galeno, Apolonio, Arquímedes y Aristóteles. Tan sólo a uno de los traductores que allí trabajaron, Gerardo de Cremona, se le atribuyen ochenta distintas versiones de otros tantos originales islámicos. De la actividad de esta escuela durante el reinado de Alfonso X (de mediados del siglo XIII hasta su muerte en 1284) nada voy a decir, porque la supongo bien conocida. Recordaré únicamente que la acción traductora de este reinado fue básica para la formación del idioma que hoy hablamos, el español. Juan Pablo Forner así lo reconocía en sus *Exequias de la Lengua Castellana*, al término del siglo XVIII: «Hizo traducir (Alfonso X el Sabio) multitud grande de libros, que, desde luego, salida apenas de su infancia, engrandecieron maravillosamente la lengua castellana no sólo con los ornatos de las artes, pero, lo que es más, con abundancia de voces y frases científicas, que sirvieron como de barbechos para que en los tiempos más sabios se prestase sin violencia al cultivo de la sabiduría en toda su extensión» (15). Paul Werrie estima que Toledo jugó «un papel considerable, por no decir incalculable, en el desarrollo del pensamiento y la cultura europea» (16),

(15) Clásicos Castellanos, vol. 66 (Madrid: Espasa-Calpe, 1967), página 153.

(16) *Op. cit.*, p. 202.

opinión compartida por José María López Piñero, para quien «las consecuencias de esta masiva transmisión fueron extraordinarias: la ciencia y, en general, la cultura europea cambiaron completamente de horizonte; las traducciones toledanas impusieron la hegemonía intelectual del Aristóteles arabizado, así como los textos que sirvieron de "autoridades" fundamentales de las diversas disciplinas en la ciencia escolástica de la baja Edad Media» (17).

Desde Sicilia y Toledo, que abrieron el camino, los grandes períodos culturales y científicos han coincidido y con frecuencia han sido precedidos por también grandes períodos de traducción.

Uno de ellos fue, naturalmente, el Renacimiento, con una antesala cronológica en la que brillan desde el siglo XIV las traducciones del Canciller Ayala, Bernat Metge, Trevisa, el marqués de Villena, Wycliffe, Chaucer y la escuela francesa de traductores que el monarca galo Carlos V reunió en su corte en torno a 1370 y en la que Bersuire, Bauchant, Mézières, Golein, Oresme y otros tradujeron a Aristóteles, Boccacio, Petrarca, Séneca, Tito Livio y bastantes autores más. El siglo XVI fue para muchas naciones el siglo de oro de la traducción, tanto por su cantidad como por las cualidades literarias que alcanzaron y que hacen de ellas auténticas obras maestra del lenguaje. Al XVI pertenecen nuestros traductores Boscán, fray Luis de León, Francisco de Herrera, Jorge de Montemayor y fray Luis de Granada. Fue éste el siglo en que comenzaron a traducirse entre sí los idiomas germánicos y románicos, que con las nuevas nacionalidades despertaron igualmente a un protagonismo lingüístico generalizado. Si hasta entonces las lenguas de referencia habían sido

(17) José María López Piñero, *La ciencia en la historia hispánica* (Barcelona: Salvat, 1982), p. 17.

casi en exclusiva el latín y el árabe, a partir de ahora el intercambio cultural se multiplica. «*Nunca se han publicado en España, proporcionalmente, tantas traducciones del italiano como en el siglo XVI*», escribe García Yebra (18). Pero es que lo mismo pueden decir los ingleses no sólo del italiano, sino del francés, alemán o español. Y los italianos del francés y castellano. Y los franceses de cuantos idiomas rodean su geografía. Desde 1502, año en que se registra la primera traducción impresa del español, hasta finales de ese siglo los ingleses, por ejemplo, incorporaron en traducción la más destacada cultura española del momento. Tradujeron o adaptaron la *Celestina*, el *Lazarillo*, poemas de Garcilaso y el marqués de Santillana, relatos pastoriles de Montemayor y Gil Polo, novelas de caballerías, prosas de Antonio de Guevara, Luis de Granada y Diego de Estella; y además, y sobre todo, crónicas de Indias, tratados geográficos y de navegación, refraneros, gramáticas, la historia de Marco Polo, libros de medicina y ciencias naturales. Aun así, esto fue una reducida parte de lo que los ingleses tradujeron del italiano y del francés. ¿Fue este aluvión de traducciones el que propició el esplendor cultural británico de finales del siglo XVI y principios del XVII? Sin duda ninguna. Las artes, la literatura y las ciencias sufrieron el benéfico influjo de la traducción y por ella fueron fecundadas. La traducción convirtió en cien años una Inglaterra literaria y científicamente inexistente en uno de los más importantes focos de las letras y de las ciencias europeas. Y no fue ésta, ni mucho menos, una empresa de élites culturales. Más bien lo contrario. Entre los hombres que tradujeron al inglés durante el siglo XVI encontramos comerciantes en Málaga, Cádiz y Canarias procesados por la Inquisición, notarios,

(18) *En torno a la traducción: Teoría, crítica, historia* (Madrid: Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1983), p. 324.

tutores de niños, soldados de fortuna, católicos exilados, jesuitas, médicos y viajeros, marinos, ociosos de cualquier edad y condición, y hasta topamos con una mujer traductora, la única, Margaret Tyler, que en 1578 dio a la imprenta su traducción del *Espejo de Príncipes y Caballeros*, el «último de los libros de caballerías que disfrutó de amplio éxito comercial» (19).

Otro de los grandes períodos culturales precedidos y acompañados por un amplio movimiento traductor fue el siglo XVIII alemán, su edad de oro, la época de Lessing, Goethe, Schiller, Hölderlin, Schlegel, Novalis y Humboldt. «*La literatura alemana va a constituirse —escribe Antoine Berman— a partir de su relación con las literaturas extranjeras, y más en particular a partir de la traducción generalizada de las mismas*» (20). Goethe tradujo a Voltaire y Diderot, a Eurípides y Cellini, a Racine y Corneille. Sus coetáneos harán otro tanto con Boccaccio y Dante, Tasso, Píndaro, Shakespeare, Camoens, Sófocles y Homero, Cervantes y Lope de Vega. «*Nunca desde el Renacimiento —añade el mismo crítico— había asumido la traducción un papel tan crucial, y tan sólido, en la formación de una cultura*» (21).

Así podríamos ir repasando los varios movimientos culturales que han animado Europa desde el medievo y junto a ellos hallaríamos siempre, indefectiblemente, la labor de los traductores, que si muchas veces se ha llevado a cabo en el anonimato, otras tantas ha estado firmada por las plumas más capaces de cada momento. Recórrase, por ejemplo, nuestro siglo y nuestra cultura

(19) Introducción de Daniel Isenberg a la edición de Clásicos Castellanos, vol. 193, del *Espejo de Príncipes y Caballeros* (Madrid: Espasa-Calpe, 1975), p. xi.

(20) «Goethe: traduction et Littérature mondiale», *Poétique*, 52 (1982), p. 453.

(21) *Ibid.*, p. 454.

hispanica. Si durante la Edad Media no hubo literato que no dejara su rúbrica ligada a la traducción, en el siglo presente y por lo que al español respecta esa tradición continúa ininterrumpida. Dámaso Alonso y José María Valverde han traducido a James Joyce; Julio Cortázar a Daniel Defoe; José Luis Borges a Melville y Virginia Woolf; Jorge Guillén a Valéry; León Felipe a Whitman; Ramiro de Maeztu hispanizó *La guerra de los mundos*; Ernestina de Champourcin ha traducido a William Golding; Vicente Gaos a T. S. Eliot; Juan Ramón Jiménez a Rabindranat Tagore y Mújica Láinez a Shakespeare. Y traductores, asimismo, han sido Unamuno, Valle-Inclán, Leopoldo Panero, Manuel Azaña, Octavio Paz, etc.

En este procesor difusor y propulsor de la cultura escrita, el número de traducciones ha ido aumentando de modo asombroso en todo el mundo. En España, pongamos por caso, se traducen hoy en día más títulos en un solo mes que en el siglo XVIII completo. En 1981 se editaron en nuestro país un total de 7.833 traducciones de más de veinticinco idiomas. De esta cifra algo más del 50% correspondió a traducciones de obras inglesas. El francés se llevó una cuota del 22%, y el alemán e italiano del 10 y del 9,5%, respectivamente. Y las cifras siguen aumentando. En los cinco años comprendidos entre 1977 y 1981 el número de traducciones que se han hecho desde el inglés muestra las siguientes cantidades: 2.831, 2.916, 3.164, 3.465 y 3.925. No se dispone aún de cifras definitivas para el año 1982.

El *Index Translationum* de la UNESCO anota en el año 1977 un total de 50.428 versiones realizadas en setenta naciones. En esta fecha los países que más tradujeron fueron, en este orden, la Unión Soviética, Alemania Federal, España, Países Bajos y Estados Unidos. Puede resultar interesante recordar los autores más traducidos en el mundo ese año. El récord lo bate

Lenin, con 498 versiones, seguido por la Biblia, Marx, Agatha Christie, Grimm, Jack London, Simenon, Barbara Cartland, Andersen, Enid Blytton, Alistair MacLean y Shakespeare, todos por encima de las cien traducciones. Entre cien y cincuenta traducciones ofrecen Dostoyevski, Tolstoi, Dumas, Pearl Buck, Stevenson, Dickens y Balzac. Y entre cincuenta y veinticinco, Freud, Sartre, Engels, Beauvoir, Mao Tse-tung, Lewis Carroll, Louisa Alcott, *Las Mil y Una Noches*, Zola, Maupassant y Neruda. Wolfram Wilss comentaba en años recientes que «es la traducción la que determina la amplitud de audiencia que va a tener un libro...; el éxito de los bestsellers se mide por su número de traducciones a otros idiomas» (22). Las cifras, al parecer, le dan la razón.

La importancia de la traducción para la industria editorial no tendría siquiera que mencionarse. Suprimásemos de las editoriales españolas los millones de ejemplares vendidos aquí y en América de las obras de Agatha Christie, Harold Robins, Morris West, Simenon, Yerby, Ende, Tolkien, Hemingway, Verne, etc., y muchas de ellas ya habrían quebrado. A veces son sólo los beneficios del último «bestseller» traducido los que les permiten seguir a flote. En 1979 el libro de mayor venta en España fue *El factor humano*, de Graham Greene. Al año siguiente, cuatro de los cinco libros de «creación» más vendidos fueron traducciones: *El quinto jinete del Apocalipsis*, *La alternativa del diablo*, *La gente de Smiley* y *Un hombre*, de Oriana Falacci. Este año pasado de 1982 la palma se la llevó el alemán Michael Ende con *La historia interminable*. En la semana en que escribo estas líneas los periódicos informan que, de los diez libros de «creación» con mayor audiencia en este país, nada menos que ocho son traducciones: una

(22) *The Science of Translation: Problems and Methods* (Tübingen: Gunter Narr Verlag, 1982), p. 18.



del italiano (*El nombre de la rosa*), una del alemán (*La historia interminable*), dos del francés (*Memorias de Adriano* y *La sonata roja*) y cuatro del inglés (*La chica del tambor*, *La conjura de los necios*, *Pontífice* y *El predicador*). Todo ello no hace sino subrayar lo que el profesor de la universidad politécnica de Londres Peter Newmark decía hace dos años: «*Algunos escritores "internacionales"... venden al punto muchos más ejemplares de su obra traducida que del original, mientras que otros en Italia y en países europeos pequeños dependen para ganarse la vida de las traducciones que se hacen de sus obras, así como de sus propios trabajos de traducción*» (23).

Es evidente, por áreas sectoriales, que en la historia general de la literatura el impacto de las traducciones ha sido y continúa siendo de un alcance insospechado. Dada mi relación con los estudios ingleses, permítaseme que aluda a dos ejemplos de las letras anglosajonas. Hay en ellas un fenómeno que no encuentra fácil explicación fuera de este contexto. Durante la primera mitad del siglo XVI el teatro inglés languidece. Escaso y pobre, arrastra modos y temas medievales hasta más allá de 1550. Ninguna evolución se advierte en él que pueda presagiar la transformación que va a tener lugar. Pero lo cierto es que en un período tan breve como es el de treinta o cuarenta años, sin antecedentes y sin causas intermedias propias, este teatro va a dar el mayor salto cualitativo que jamás haya registrado dramaturgia alguna. Cuarenta años después del vacío escénico inglés a mediados del siglo XVI ya lo encontramos en el mayor esplendor de su historia, hasta el punto de que los años finales de ese siglo y primeros decenios del XVII constituyen la edad de oro de este género, con figuras tan universales como las de Ben Jonson, Marlowe y Shakespeare. En veinte años se pusieron en escena

(23) *Op. cit.*, pp. 3-4.

Romeo y Julieta, *Otelo*, *Volpone*, *Macbeth*, *El alquimista*, *El mercader de Venecia*, *Hamlet*, *El judío de Malta*, *El Doctor Fausto* y un sinnúmero de títulos más. ¿Qué había ocurrido para que de la nada se pasara a esta magnificencia? La respuesta ha sido unánimemente aceptada por la crítica: fueron las traducciones de Séneca las que acabaron con el medievalismo del teatro inglés, creando al tiempo el clima propicio para el nacimiento de un nuevo estilo. A Séneca se lo leía en Inglaterra con anterioridad, qué duda cabe, pero se lo leía en latín y ese conocimiento no se había materializado aún en ninguna influencia dramática. Pero a partir de 1559 comenzó a traducirse, y la primera obra dramática que se escribió bajo influjo directo de estas versiones, *Gorboduc*, estrenada en la navidad de 1561, es precisamente la línea divisoria del teatro británico: la que separa el «antes» medieval del «después» renacentista. «*Gorboduc* —dijo T. S. Eliot— *inicia una nueva época: no hay en toda la historia de la literatura inglesa una división más clara*» que ésta. *Gorboduc* tomó de Séneca e implantó en el teatro isabelino el verso blanco, la división estructural en cinco actos y su subdivisión en escenas, los coros, el lenguaje retórico y la exclusión del escenario de los hechos violentos, que en adelante se conocerán, al igual que otro tipo de acciones, por mediación de un mensajero. Además de un buen número de rasgos novedosos de menor entidad. En 1893 John Cunliffe resumía en esta frase el estado de opinión de la crítica al respecto: «*La influencia de Séneca fue básica para el origen y el desarrollo de la tragedia isabelina*» (24). Cunliffe sólo yerra en un detalle, aunque importante: no fueron las obras de Séneca «per se», sino sus traducciones al inglés.

El segundo ejemplo corresponde a las traducciones

(24) *The Influence of Seneca on Elizabethan Tragedy*, 2.^a edic. (1893; reed. Hamden, Conn.: Archon Books, 1965), p. 126.

británicas del *Quijote* y su significado en aquella literatura. Ningún país ha admirado tanto la obra de Cervantes como Gran Bretaña. Ni siquiera nosotros. Durante los siglos XVII, XVIII y XIX las ediciones (y traducciones) del *Quijote* superan allí con creces el número de las españolas. Así, mientras que en la primera mitad del siglo XVIII Inglaterra imprimió veintiún ediciones del *Quijote*, en España se reducían a ocho. En 1905 escribía James Fitzmaurice-Kelly que «*Inglaterra fue el primer país extranjero que mencionó el Quijote, el primero que tradujo el libro, el primer país europeo que lo presentó decentemente ataviado en su idioma original, el primero que señaló el lugar de nacimiento de su autor, el primero que dio a luz una biografía suya, el primero que publicó un comentario al Quijote y el primero que imprimió una edición crítica al texto*» (25). Lo cual ha sido siempre tan evidente que en una fecha tan temprana como la de 1819 Martín Fernández de Navarrete comentaba en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*: «*Ninguna nación extranjera ha igualado a la Inglaterra en apreciar el mérito de Cervantes y su ingeniosa fábula*» (26). Nada extrañará, pues, tras estos preámbulos, que un hispanista tan destacado como Allison Peers dijera en la *Revista de Filología Española* que, a excepción de la Biblia, el *Quijote* era con probabilidad de obra foránea que mayores raíces había echado en la tradición literaria británica (27). Tan poco exagerada es esta afirmación que no hay la más mínima posibilidad de hacer, por

(25) «Cervantes in England», *Proceedings of the British Academy (1905-1906)*, p. 19.

(26) Vide «El "quijotismo" literario inglés de finales del siglo XVIII», *Actas del II Congreso A.E.D.E.A.N.* (Valencia: Universidad de Valencia, 1979), p. 118.

(27) «Aportación de los hispanistas extranjeros al estudio de Cervantes», *Revista de Filología Española*, XXXII (1948), p. 182.

ejemplo, una historia de la novela inglesa sin aludir una y otra vez al relato cervantino.

Las traducciones de una obra son, de forma similar, el mejor modo de averiguar su peso específico cultural a lo largo del tiempo. *Robinson Crusoe*, pongamos por caso, es una narración muy mediocre desde un punto de vista estrictamente literario. Si éste hubiera sido el único criterio de estimación, hace bastantes lustros que *Robinson* habría desaparecido de nuestras librerías, e incluso de nuestras bibliotecas. Pero en la idea de «cultura» entran en juego muchos más componentes que en la de «literatura». Los avatares de este marino escocés han llamado la atención de los lectores de todo el mundo desde el mismo año de su publicación, 1719. Traducido muy pronto a un amplio abanico de idiomas, ha sido imitado, resumido y parodiado hasta la saciedad. En 1760 ya existían cuarenta parodias de la obra: una por año. De una imitación que en 1779 se realizó en Hamburgo con fines pedagógicos salieron al público cien ediciones en un siglo: de nuevo una por año. La fuerza intrínseca de este moderno mito literario y cultural ha sido tan sobresaliente que hasta ha entrado en nuestros diccionarios: en ellos consta *robinson*, *robinsonesco*, *robinsoniano* y *robinsonismo* como nombres y adjetivos de uso diario. Y el mito ha vuelto a tomar nuevo cuerpo en otras narraciones del cariz de *El Robinson suizo*, *Escuela de Robinsones* y *Robinsones vascos*, así como en la pieza de Muñoz Seca *Los cuatro robinsones*. No hay duda de que otra novela inglesa del mismo siglo, la titulada *Vida y Opiniones del caballero Tristram Shandy*, es mucho mejor que el relato de Daniel Defoe. Sin embargo, el impacto cultural de *Tristram Shandy* ha sido infinitamente menor que el de *Robinson Crusoe*. Tal vez porque, entre otros motivos, ha carecido de traducciones. Es el caso de España, donde no hemos dispuesto de ejemplares en castellano hasta 1975.

Con idéntico impulso ha influido la traducción en otras áreas de la actividad literaria y profesional. Piénsese en el teatro. La mitad del que se representa en cualquier país civilizado es extranjero (e incluyo en el cómputo las obras televisadas). Está, por tanto, traducido. Muy pocos de ustedes, imagino, habrán asistido nunca en nuestro país a una escenificación de Ibsen en noruego, o de Tennessee Williams en inglés o de Bertoldt Brecht en alemán. ¿E imaginan ustedes a su vez lo abarrotados que habrían estado este pasado verano los dos teatros madrileños en los que se ponía en escena *Medea*, de Eurípides, y *La Olla*, de Plauto, si esas dos representaciones hubieran estado habladas en la lengua en que fueron escritas, griego del siglo V y latín del siglo III, en ambos casos antes de Cristo...? En el año 1961 se estrenaron en España sesenta obras traducidas; en 1962, cincuenta y dos; en 1963, setenta (28). Los números no han disminuido veinte años después.

En el cine y la televisión, los doblajes y subtítulos son práctica tan habitual que casi huelga citarlos. Sin la presencia de estos dos tipos de traducción no estaríamos viendo películas y telefilmes: estaríamos haciendo ejercicios de comprensión en lengua francesa, inglesa, italiana o japonesa. Y lo extrañamente curioso es que sólo caemos en la cuenta de la enorme importancia de la traducción cinematográfica y televisiva cuando advertimos los errores que en ellas se cometen. No solemos conceder tanto interés al hecho mismo de la traducción como a sus defectos. De ahí que corran de boca en boca tantas anécdotas y chascarrillos. Una de las que más me gusta citar, tanto por los comentarios que levantó en su día como por su condición intrínseca de infidelidad traductora, pertenece a los subtítulos espa-

(28) Piedad de Salas, «La traducción de obras teatrales en España», *Babel: International Journal of Translation*, XI/1 (1965), pp. 20-21.

ñoles de una película que aquí se pasó en versión italiana, con Richard Harris y Mónica Vitti como protagonistas. En cierto momento le decía el afectuoso Richard en italiano a la bella Mónica (y así lo oía el espectador español): «*Voglio fare l'amore*». El italiano no es un idioma que esté aún muy alejado del nuestro y la frase era fácilmente comprensible para el público medio. Lo que no era tan comprensible, y lo que desde luego desataba las risas en las salas de exhibición, era que «*Voglio fare l'amore*» apareciera traducido en subtítulos como «*Vamos a dar una vuelta*».

Si tal es la incidencia de las traducciones en la literatura, el cine y la televisión, el mundo científico no se ha visto menos afectado. Y si las cifras han de tener alguna credibilidad, las cifras dicen que en la década de los sesenta sólo el treinta por ciento de las obras traducidas en España ofrecían un carácter literario (29).

La mayor parte de las traducciones durante el medioevo fueron también de condición técnica y científica, en lo que entonces se entendía, naturalmente, por ciencia y técnica. Nunca *traducir* ha significado tanto *dar acceso al saber*. Esta misión propagadora de la traducción pesaba con fuerza en el ánimo de Alfonso X el Sabio, como había pesado antes en el de Alfredo el Grande de Inglaterra. En el prólogo a la versión española del *Lapidario*, que Yhuda Mosca y Garci Pérez finalizaron el año 1250, se subraya esta intención difusora frente a la restringida y egoísta del poseedor del original. Nárrase allí cómo siendo todavía Infante Alfonso el Sabio obtuvo este libro en Toledo, año de 1243, «*de un judío que lo tenía escondido, que no se quería aprovechar de él ni que a otro hiciese provecho... Tan pronto como lo tuvo en su poder, mandóselo*

(29) Georges Mounin, *Linguistique et Traduction* (Bruselas: Dessart et Mardaga, 1976), p. 153.

trasladar (a otro judío, médico suyo) de arábigo en lenguaje castellano, para que todos los hombres lo entendiesen mejor y se supiesen de él más aprovechar» (30).

El edificio entero de la ciencia, más aún que el de la literatura, es una estructura perfectamente ligada e interrelacionada, en la que cada nuevo elemento que se añada está anclado con firmeza en un elemento anterior. En este proceso de crecimiento la traducción ha desempeñado, como en otras áreas, un papel de máxima significación. Y quien no lo juzgue así recuerde la frase de Giordano Bruno en el siglo XVI: «*Todo el linaje de la ciencia procede de la traducción*». Ahí están como muestra los capítulos quirúrgicos del *Kitab al-tasrif*, del médico Albucasis, traducidos al latín y transformados en esta lengua en «*el texto fundamental de la cirugía europea durante medio milenio*» (31). Y ahí están, sin retroceder tanto en el tiempo, dos traducciones del francés al español en el siglo XVIII: el *Curso Químico* de Lémery, denominado «*la primera exposición sistemática de la química en castellano*» o las versiones que Pedro Gutiérrez Bueno hizo de las obras de Lavoisier, que «*promovieron la nueva nomenclatura química*» en nuestro país (32). Los tratados científicos de navegación de los españoles Martín Cortés y Pedro de Medina fueron durante el siglo XVI textos obligados en los variados litorales de Europa: Pedro de Medina contabilizó quince ediciones en francés, cinco en flamenco, tres en italiano y dos en inglés; sólo en lengua inglesa Martín Cortés tuvo diez ediciones a lo largo de ese siglo (33).

(30) (Madrid: Castalia, Colección "Otres Nuevos", 2.^a edic.: 1983), página 11.

(31) José María López Piñero, *op. cit.*, p. 11.

(32) *Ibid.*, pp. 48-49.

(33) *Ibid.*, p. 24.

La sed de libros científicos en la lengua materna del lector ha sido siempre considerable. No todos los interesados en medicina, farmacia, astronomía, matemáticas o ciencias naturales (y ahora añadiríamos cibernética, astrofísica, óptica, meteorología, informática o genética) han tenido o tienen los conocimientos lingüísticos suficientes para leer en su forma original los mejores estudios sobre una u otra especialidad. Y no por estar en idioma extranjero han de ser desdeñables. Hace ya más de cuatro siglos, en 1558, W. Warde escribía en este sentido: «*No creo que haya nadie tan animal, tan rudo y tan obtuso que no desee entender en su lengua materna los libros escritos primero en una lengua extranjera, a fin de no parecer un total ignorante en materias (tales como) la cosmografía, la astronomía..., y especialmente la física, de las que nunca como en el tiempo presente hemos tenido tanta necesidad*» (34).

Hoy la traducción es omnipresente en el campo científico. Newmark nos informa que a finales de los años sesenta se venían traduciendo en todo el mundo ochenta mil publicaciones periódicas de carácter científico. Ochenta mil al año (35). Si las traducciones literarias han experimentado en el último siglo un crecimiento aritmético, la traducción científica y técnica está conociendo un ascenso geométrico. Ello sin duda empujó a Edmond Cary a escribir en 1956 que «*en el mundo moderno el sabio, el técnico, el hombre de Estado no se realizan sino a través de diez, de veinte traductores. Con el siglo XX llegamos al umbral de una nueva era: la era por excelencia de la traducción*» (36).

(34) H. S. Bennett, *English Books and Readers, 1558-1603* (Cambridge: Cambridge University Press, 1965), p. 93.

(35) *Op. cit.*, p. 3.

(36) Citado por Henri van Hoof en «Regards sur la traduction non littéraire de la langue française», *Meta: Translators' Journal*, XXVII/2 (1982), p. 184.

Y aprovecho la alusión de Cary al «hombre de Estado» para añadir que en política, como es fácil de suponer, la traducción ha sido desde hace siglos un instrumento de alcance internacional poco desdeñable.

Cuando en 1580 Felipe II puso precio a la cabeza del independentista holandés Príncipe de Orange, éste contestó contundentemente con una *Apología*, impresa a principios de 1581 en Leiden, que era pura dinamita política. Se negaba en ella la legitimidad del poder de Felipe II y se acumulaban los materiales que a partir de aquella hora servirían para la elaboración de la leyenda negra felipina: se le acusaba de incesto con su hermana Juana y con María Manuela de Portugal, así como del doble asesinato de su hijo Carlos y de su esposa Isabel de Valois. Para ser efectivo, este ataque de Orange necesitaba de una difusión internacional, por lo que al punto se lo tradujo al francés, latín, alemán e inglés. La difusión quedó asegurada, las ediciones se agotaron una tras otra, y el regocijo de unos y el escándalo de otros conmovió la espina dorsal de la política europea del momento.

Al año siguiente, el domingo 18 de marzo de 1582 dos jóvenes vascongados, Juan de Jáuregui y Gaspar de Añastro, atentaron en Amberes contra la vida de Orange. Fue un intento fallido, aunque le atravesaran la mandíbula con el proyectil de un pistolete. El acontecimiento tuvo de nuevo ecos supranacionales. No sólo llegaba en el peor momento de las relaciones Holanda-España, sino que venía rodeado de todos los ingredientes (misterio, intriga y sangre) propios de la truculencia. Ni por la personalidad contra la que se había atentado ni por el modo de producirse era aquél un incidente que pudiera pasar desapercibido. Así que quince días después del atentado el impresor Cristóbal Plantin publicaba en Amberes un librito escrito en flamenco, que relataba los acontecimientos y presenta-

ba los documentos fundamentales del caso. Pero Plantin imprimió al mismo tiempo la traducción francesa. Y a su vez, el 12 de abril, veinticuatro días después del atentado, ya se había preparado en Londres la versión inglesa.

La traducción ha sido parte de la propaganda política, requisito imprescindible para airear los triunfos propios o manipular los ajenos. Era el modo de atacar y de defenderse. Y los ejemplos sobreabundan. En el verano de 1599 una flotilla holandesa atacó por sorpresa las islas de Gran Canaria y Gomera. Al igual que en el anterior ataque inglés a Cádiz, el hecho tenía una considerable importancia simbólica, más que material, por cuanto significaba un varapalo directo en los mismos territorios nacionales del rey de España. Tenía que ser convenientemente difundido y magnificado. Tenía, en consecuencia, que ser traducido. Y, en efecto, de la relación holandesa del ataque a las Canarias se imprimieron aquel preciso año de 1599 en Amsterdam y Londres dos prontas traducciones al francés e inglés.

De igual manera, cuando en 1594 Beltrán de Castro capturó en la bahía de San Mateo el pirata inglés Richard Hawkins, que acababa de asolar Valparaíso, y éste el 6 de agosto escribió una misiva a su padre para darle cuenta de lo acaecido, los españoles se apresuraron a enterarse del contenido de la carta, la tradujeron y la imprimieron al instante en Lima. En un momento en que tantos filibusteros estaban asestando golpes bajos en la América española, no era cuestión de dejar pasar esta ocasión de elevar la moral de los súbditos hispanos.

En toda Europa se actuaba de forma semejante. Aludiendo a la reina Isabel I de Inglaterra, Gustav Ungerer ha escrito que «*cuando estaba en juego la seguridad de la nación, el Gobierno aspiraba a alcanzar una audiencia internacional. Hacia el final, pues, del período isabelino, cuando la guerra fría con España se*

convirtió en agresión abierta, se acrecentó la necesidad de un sistema de relaciones públicas con el que defender los intereses nacionales, dar a conocer la política exterior inglesa y justificar las intervenciones en el extranjero... Entonces no había una BBC que transmitiera programas en otros idiomas, pero el Gobierno disponía de un departamento de traductores capaces...» (37). Consecuentemente, antes de atacar Cádiz en 1596, los ingleses hicieron imprimir una *Declaración oficial de las causas que han movido a la Magestad de la Reyna d'Ynglaterra a embiar un armada real para defensa de sus Reynos y Señoríos contra las fuerças del Rey d'España...* Este documento se escribió en inglés, pero se imprimió además en francés, flamenco, italiano, latín, alemán y español. También, sí, en español. Ejemplares en este idioma fueron introducidos de contrabando en la península, sobre todo por medio de los comerciantes ingleses aquí establecidos.

Lo mismo volvió a repetirse al año siguiente, 1597, al prepararse el ataque inglés a las Azores. En este caso la *Declaración* previa se tradujo al español, latín, francés, holandés e italiano.

Si ésta era la situación en el siglo XVI, sin esfuerzo puede colegirse cuál es la actual, cuando ya no hay ni un solo Gobierno ni institución política multinacional que no cuente con un equipo cualificado de traductores e intérpretes; y cuando en numerosas ocasiones son precisamente los problemas de traducción los que impiden la firma de un tratado. Hoy no existe, como en épocas anteriores ocurrió con el francés, un idioma aceptado por la diplomacia y en el que se redactaban de forma única los pactos internacionales. Ahora cada acuerdo se **escribe en un idioma de trabajo** y a

(37) «Lost Government Publications in Spanish and Other Languages, 1597-1601», *The Library: Transactions of the Bibliographical Society*, 5th Series, XXIX/3 (1974), p. 323.

continuación se traduce a las lenguas de las naciones implicadas. Y los diplomáticos, entiendan o no el idioma, estampan la firma en todos los documentos. No es así extraño que este último trámite sea en ocasiones el más espinoso. «*Problemas de traducción retrasan lo nuevos acuerdos España-Estados Unidos*» era un titular de periódico el sábado 22 de mayo de 1982. Y el 9 de julio de este mismo año de 1983 un diario madrileño encabezaba con gruesa tipografía sus páginas internacionales: «*La fecha de clausura —se decía allí— centra las conversaciones de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europeas: Los problemas de traducción, único punto por resolver*».

De la dependencia de la traducción que el actual mundo político sufre puede dar buena idea la postura del Mercado Común. La Comunidad Económica tiene una plantilla de más de mil traductores y trescientos intérpretes, que, ellos solos, consumen la tercera parte del presupuesto de la Comunidad. En lo que a textos escritos se refiere, Sandro Armesto comentaba hace poco que los traductores de la CEE manejaron en 1979 unas 550.000 páginas. Traductores e intérpretes, pues, son «*elementos imprescindibles en el engranaje burocrático, sin los cuales la CEE sería una inmensa torre de Babel. Cantidades ingentes de papel —novecientas toneladas anuales de textos impresos— se consumen en las traducciones de las siete lenguas oficiales..., a las que obligatoriamente se traslada cualquier documento. Una pregunta rutinaria para cualquier funcionario es: ¿Se tiene ya la traducción?*» (38). Se comprenderá así por qué los esperantistas propusieron en el congreso de Colmar (Francia), en 1979, que el Mercado Común adoptara su idioma como único instrumento lingüístico de trabajo.

(38) Malen Arnáez, «Eurócratas», *El País Semanal*, n.º 230, 6 de septiembre de 1981.

Proyéctese ahora esta situación de la Comunidad Económica Europea sobre la ONU, la UNESCO, el GATT, la OIT, la FAO, la OTAN, la OCDE y tantos y tantos organismos más y se obtendrá un vislumbre bastante aproximado de la misión que la traducción cumple hoy en el mundo de la política y de las relaciones internacionales. Sin ella, esa misma política se halla como desamparada, perdida en un sinfín de equívocos y malentendidos. Repetidamente se ha comentado que el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima se debió a un error en la traducción norteamericana de los mensajes japoneses (39). A veces los errores son menos espectaculares y, ciertamente, más divertidos, como la anécdota ocurrida durante la última visita del ministro español de Asuntos Exteriores a Moscú, de la que ya dieron cuenta en su momento los periódicos. A Fernando Morán, que se defiende en inglés, un periodista le preguntó en esta lengua si habían abordado en las conversaciones bilaterales el tema de Saharov, científico y disidente soviético. Morán, que no utilizó traductor en este momento, contestó que «*el tema del Sahara no ha sido incluido en las conversaciones*».

* * *

La concienciación general sobre la trascendencia de la traducción para el adelanto cultural del hombre y para su status actual en el mundo es un fenómeno todavía reciente. Y debiera decir, para ser preciso, que no es aún tan general. Pero al menos estamos ahora muy lejos, en lo que a aspectos críticos se refiere, de la opinión de Ortega y Gasset, en 1937. «*En el orden*

(39) Vide: Theodore Savory, *The Art of Translation* (Londres: Cape, 1969), p. 184; Enrique Wulff, *Lenguaje y lenguas* (Barcelona: Salvat, 1981), p. 6; *YA*, 3 de septiembre de 1978, entrevista con Manuel Alvar; y *Gaceta Siete Días*, 5 de diciembre de 1982, p. 4.

intelectual no cabe faena más humilde» que la ocupación de traducir, escribió este pensador en el diario *La Nación*, de Buenos Aires. Era el tópico que se venía repitiendo desde hacía siglos. En nuestros días, en cambio, los criterios de estimación están dando un giro próximo a los ciento ochenta grados. El director general de la UNESCO, en un mensaje remitido al Simposio celebrado en Sofía en octubre de 1979, subrayó el hecho de que la traducción era uno de los más apreciables soportes de la comunicación internacional, al tiempo que un instrumento de humanismo, progreso y paz (40). Se abre camino el reconocimiento unánime de la deuda que la cultura debe a la traducción. Hoy las frases agradecidas no son precisamente escasas. Horst Hina recordaba en 1971 que «*ha sido la traducción la que ha conseguido la unidad espiritual de Occidente... Hemos entrado decididamente en una era de la traducción en la que todo progreso cultural y científico depende de la inminente conversión de las obras en la pluralidad de las lenguas existentes*» (41). Desde Canadá, Louis G. Kelly aseguraba conciso y contundente en 1979: «*Europa occidental debe su civilización a los traductores*» (42). Y quien dice Europa ha de añadir al tiempo América entera, Nueva Zelanda y Australia y tantos otros países participantes de la misma cultura...

Bien es cierto que no a todos puede agradar esta situación de dependencia traductora en que nos movemos, y en ocasiones (aunque pocas) se han levantado voces críticas contra esa internacionalización progresiva de la cultura. Hablando en particular de España, ya Mesonero Romanos enarcaba las cejas en 1840 y

(40) *The Incorporated Linguist*, XXII/1 (1983), p. 43.

(41) *E.S.*, 1 (1971), pp. 171-172.

(42) *The True Interpreter: A History of Translation Theory and Practice in the West* (Oxford: Blackwell, 1979), p. 1.

lanzaba la acusación de que «nuestro país, en otro tiempo tan original, no es en el día otra cosa que una nación traducida». Y prosigue: «Los usos antiguos se olvidan y son reemplazados por los de otras naciones: nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes y hasta nuestras opiniones, todo es ahora traducido. Los literatos, en vez de escribir de su propio caudal, se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten a la francesa; los cocineros nos dan de comer a la parisiense; pensamos en inglés, cantamos en italiano y nos enamoramus en griego; los médicos nos matan por el sistema de Broussais o de Hahnemann; los legisladores nos hacen felices con bills de indemnité; y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los más cantábiles de Arturos y Carolinas...» (43). ¿Qué no diría Mesonero Romanos si volviera a nuestros cines, teatros, bibliotecas, librerías, a nuestras coca-colas, fútbol y tenis, rock-and-roll, cointreau y whisky on the rocks, a nuestros congresos y organizaciones internacionales y aun a nuestra misma sala de estar, presidida siempre por una televisión que, además de ser también casi siempre Sanyo, o Saba, o Thomson, o Telefunken, o Grunding, nos habla además de las tarascadas de J. R. en Dallas, de las chiquilladas de Heidi en los Alpes o de las visiones policiacas de un periodista de Toronto?

En 1977 el profesor Jean Delisle describía con menos humor que Mesonero Romanos, pero con mayor precisión, un estado de cosas muy similar al que nuestro escritor costumbrista fustigaba. Nada ha cambiado en ciento cuarenta años. Si acaso, los rasgos se han acentuado más y más con cada decenio transcurrido. Delisle habla de la situación particular del Canadá en los años setenta, pero sus palabras son perfectamen-

(43) *Bocetos de cuadros y costumbres*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. CC (Madrid, Atlas, 1967), p. 277.

te aplicables a cualquier otra nación de Occidente en esta precisa fecha de 1983: «... Profesores, eruditos, investigadores —dice este universitario de Ottawa—, comerciantes o industriales, abogados u obreros especializados, médicos o ingenieros, todos nos servimos en todo lugar y en todo momento de textos..., que traducimos nosotros mismos o que se nos ofrecen traducidos. La traducción se infiltra por doquier, condiciona cada gesto de nuestra vida...» (44).

Vivimos así inmersos, querámoslo o no, en una cultura cuyo rasgo más característico, más señalado y decisivo es el de ser una cultura traducida. Desde este punto de vista no es, ni mucho menos, exagerada una frase de I. A. Richards, escrita en 1953, en la que, señalando con el índice a la traducción, dice que nos hallamos con segura probabilidad ante «el tipo más complejo de acontecimiento que jamás se haya producido en la evolución del cosmos» (45).

(44) *Meta: Translators' Journal*, XXII/1 (1977), p. 66.

(45) «Towards a Theory of Translating», en Arthur F. Wright, ed., *Studies in Chinese Thought*, American Anthropological Association, vol. 55, Mem. 75 (Chicago: University of Chicago Press, 1953), p. 250.